

José Martí y las elecciones de Chicago, 1887

Rodolfo Sarracino

Los artículos que Martí escribió sobre Estados Unidos, que él mismo llamara “Escenas Norteamericanas”, contienen retos investigativos que inducen al estudioso a extender la pesquisa más allá de la crónica analizada. Quien lo haga percibirá inmediatamente su interés por los temas, entre muchos otros, que revelan la corrupción en el sistema político estadounidense. El lector no debe esperar una investigación exhaustiva y definitiva de algún hecho que haya llamado su atención. En la mayoría de los casos las informaciones de Martí provenían de la prensa local y no de la observación directa de lo ocurrido, o de entrevistas con algún observador, testigo o protagonista, o la documentación privada y oficial del tema en cuestión. Los artículos de Martí se proponían describir con trazos gruesos y vigorosos a una sociedad que había nacido tarada con el germen de su propia decadencia. De otra manera, el lector en Buenos Aires o Ciudad México, demasiado ocupado para volver dos semanas más tarde a buscar la evolución de lo acontecido, ya lo habría olvidado. Ello es más notable en una noticia cuyo seguimiento podía extenderse a lo largo de varios días, semanas, meses y en ocasiones años, aunque condujera a un epílogo revelador, incluso dramático e históricamente importante. .

Véase un ejemplo. En su crónica para *La Nación* de Buenos Aires, fechada el 10 de abril de 1887, al hacer un recorrido general por las elecciones a alcalde en las principales ciudades de Estados Unidos celebradas cuatro días antes,¹ Martí llama la atención sobre los escrutinios en la ciudad de Chicago, estado de Illinois:

Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo,² obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes que por miedo a perder el voto anarquista, consintieron figurar al lado de los que destruyen.³

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperaba ver llegar, como en New York, a setenta mil. El candidato para corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente⁴, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba mortífera que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando el motín de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los "ciudadanos", olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores,

se reunían en las calles en patrullas, y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se desvanecieron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato obrero. Allí donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se cuentan por docenas de millares, donde se oyen resonar en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre, allí se juntan como instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ella,— la hacienda o la libertad: y allí sucede en principio lo que, si el riesgo se extendiese, sucedería en toda la república mañana!

Es evidente, como se verá en las líneas que siguen, que la razón de la derrota obrera en esas elecciones trasciende el incidente que Martí narra sobre el candidato obrero, que no se atrevió a condenar la bandera roja en cuyos pliegues se habría envuelto la bomba de Haymarket. En ese fragmento, sin embargo, Martí llama la atención sobre un punto neurálgico en el sistema electoral estadounidense, y capta la atmósfera que predominaba, no sólo en la ciudad de Chicago, sino en casi todo el país, escasamente un año después del atentado dinamitero de la Plaza de Haymarket, cuando aún no había concluido el juicio de los acusados. La indignación generalizada de grupos importantes del movimiento obrero, de los profesionales y en general de la burguesía era el resultado de una intensa campaña periodística de la prensa plutocrática nacional e incluso internacional contra los emigrados alemanes identificados con el anarquismo importado de Alemania, que proyectó una imagen de la que ni el propio Martí pudo librarse.

El Apóstol modificaría gradualmente sus opiniones al conocer, obviamente de fuentes obreras, informaciones adicionales e incluso detalles del juicio en el que la defensa de los acusados probó que ninguno de ellos había tenido que ver con el atentado cuyo verdadero ejecutor nunca se conoció. Pero la derrota del candidato obrero no era más que un síntoma de un mal mayor. Previéndolo, el *New York Times* alertaba el 4 de abril de 1887, precisamente en el día de las elecciones cuyo resultado estaba lejos de conocerse:

Cuando la historia política del año del Señor de 1887 se escriba, pocos hechos más notables se habrán registrado que la caída de Carter Harrison, alcalde de Chicago.⁵

El trasfondo de la situación a la que Martí alude en su artículo es claramente el atentado dinamitero en la Plaza de Haymarket de Chicago. Martí escribía su crónica seis días después de haberse efectuado las elecciones, en la que se presentaron tres candidatos,

uno por el Partido Republicano, John A. Roche; otro por el Partido Prohibicionista, de apellido Whitlock y un tercero proveniente del United Labor Party (Partido Unido del Trabajo), Robert L. Nelson, dirigente del sindicato de los Caballeros del Trabajo.⁶ En las candidaturas contendientes no aparecía el candidato del Partido Demócrata.

Detrás de los hechos comentados se ocultaba una trama sórdida que obligó a Carter Henry Harrison, en ese momento por cuarta vez alcalde demócrata de Chicago, a retirar su candidatura a su quinta reelección. Sin tiempo suficiente para presentar otro candidato capaz de ocupar el espacio de Harrison, el Partido Demócrata se vio obligado a dejar vacante su propia candidatura. Las graves divergencias políticas internas que esos hechos provocaron se debieron a la tensión entre el alcalde y la dirigencia del Partido Demócrata por la actitud que éste asumiera, inmediatamente antes y después del atentado dinamitero de Haymarket del 4 de mayo de 1886 y durante el juicio a los anarquistas que se inició en julio de 1886 y se concluyó en noviembre de 1887.

Carter Harrison, hombre carismático, excelente comunicador, cuyo bisabuelo y abuelo habían sido presidentes del país, que hablaba alemán, lengua de la minoría más numerosa en esa ciudad, y conocía otros idiomas europeos, cordial y sensible a los intereses de los trabajadores, aplicó una política liberal y ultimó acuerdos políticos con el United Labor Union (Sindicato Unido de los Trabajadores), constituido por tres facciones de izquierda, respaldadas, según se decía entonces, por los grupos anarquistas, y su expresión política, el United Labor Party (Partido Unido del Trabajo). Resumiendo su política, pudiera afirmarse que se fundamentaba en la atención priorizada de la clase obrera, las minorías, los derechos de la mujer, y la libertad de expresión y reunión.

La sensibilidad de Harrison por los intereses de los obreros se manifestó durante la crisis posterior al lanzamiento de la bomba. Las declaraciones de los testigos presentes indican que al retirarse de la actividad obrera, el alcalde había alertado al jefe de la operación represiva de la policía, Inspector Bonfield, que debía abandonar su plan de intervenir en el mitin del movimiento obrero a fin de evitar derramamientos de sangre.⁷ Justamente el día anterior una manifestación pacífica por la jornada de ocho horas había sido disuelta a tiros con un saldo aproximado de unos ocho obreros muertos. El Inspector Bonfield complicó la situación al ordenar lo contrario a lo que el alcalde Harrison le había aconsejado: el nutrido contingente policíaco que dirigía se extralimitó en el uso de la fuerza. Fue para impedirlo que el alcalde se encontraba en la Plaza de Haymarket, hasta poco antes que se lanzara la bomba, porque creía, según declaró ante juez y jurado, que su presencia inhibiría cualquier manifestación violenta de las partes en conflicto. La policía actuó con una inhumanidad injustificable, convertida por la prensa plutocrática en una operación “necesaria” para preservar el orden y la paz en Chicago. Las declaraciones de Harrison se consideraron favorables a los acusados.

La alta dirección del Partido Demócrata interpretó la actitud previsoramente del alcalde de la peor manera posible. Acciones como la referida, cualesquiera que fuesen las motivaciones, jamás se perdonan en la vida política de Estados Unidos. Por eso el alcalde Harrison pensó con razón que no le sería posible ganar las elecciones sin el apoyo de los dirigentes de su Partido, que disponía de su propia *maquinaria electoral*. Posiblemente habría podido asegurar el apoyo obrero, pero el número de sus electores en ese momento de profunda confusión ideológica era insuficiente para ganar las elecciones contra la *maquinaria electoral* del Partido Republicano. Se subraya esta frase para llamar la atención de una práctica que ha devenido permanente en la estructura electoral del país: los votos se compran o venden a cambio de puestos en el aparato municipal y el estatal, o por el compromiso de defender o favorecer los intereses de los que contribuyen financieramente a la campaña electoral.

Un solo activista partidario en Nueva York, por ejemplo, era capaz en aquellos días de movilizar decenas de miles de electores para votar por un candidato grato a cualquiera de los dos partidos tradicionales. No mucho, salvo las magnitudes y los métodos, ha cambiado desde entonces. No se trata de una apreciación subjetiva. Nada menos que Herbert Spencer hizo fuertes críticas en ese sentido al sistema político estadounidense durante una gira norteamericana. Un ejemplo publicado el 23 de octubre de 1882 basta para dar una idea del contenido de sus reparos. En víspera de su retorno, al pedirle su opinión un periodista sobre lo que había visto durante su visita a los Estados Unidos, Spencer, hablándole francamente a la prensa estadounidense, afirmó:

[...] Es sin duda cierto que cada uno de vuestros ciudadanos vota por la candidatura que escoge para ésta o aquella responsabilidad desde el Presidente hasta el último funcionario elegible, pero su mano la controla un poder que permanece en un segundo plano y no le deja opción alguna. "Utilice su poder político como le decimos o tírelo a la basura", es la alternativa que se les ofrece a los ciudadanos. La maquinaria política, tal como funciona en la actualidad, tiene poco parecido a lo que se deseaba al inicio de vuestra vida política. Evidentemente, quienes escribieron vuestra Constitución nunca soñaron que 20,000 ciudadanos serían conducidos a las urnas por un *boss*. Los Estados Unidos ejemplifican, al otro extremo de la escala social, un cambio análogo al que experimentaron los peores despotismos.⁸

Fue en esa y otras ocasiones similares, por cierto, que Spencer escuchó por vez primera en su vida que algunos irrespetuosos reporteros lo calificaran de "comunista". Pero lo que debemos subrayar aquí es que el ULP de Chicago, que era una expresión política del United Labor Union o Sindicato de los Trabajadores Unidos, previendo que sin el respaldo

de la alta dirección del Partido Demócrata le sería imposible a Harrison ganar las elecciones, decidió presentar su propio candidato. El candidato seleccionado fue el ya mencionado Robert L. Nelson, obviamente el “talabartero” que Martí menciona en su crónica. Fue talabartero en su juventud, pero en el momento de aspirar a la alcaldía de Chicago ya había sido evaluado como “maestro obrero” (master workman), dirigente del Sindicato de los Caballeros del Trabajo de Chicago, que era entonces el más importante del país. Sus discursos evidencian una posición clara y políticamente definida en sus proyecciones. Por ejemplo, en el discurso que Martí cita Nelson dijo cosas como la siguiente:

Nos hemos separado de los viejos partidos y hemos fundado un partido que no es, ni será nunca utilizado en interés de una sola clase, sino que pertenecerá a todo el pueblo. Se requerirá que el movimiento de acción independiente liquide la explotación y el peculado de un verdadero ejército de políticos profesionales.⁹

Pero esa derrota nunca llegó a materializarse. Gracias a la renuncia a la candidatura del alcalde Carter H. Harrison, el republicano John A. Roche ganó holgadamente las elecciones, con más de 50,000 votos a su favor, treinta mil más que el candidato obrero, de un total de 76,500 votos depositados. Incluyendo al Partido Prohibicionista, tan insignificante, que no merece figurar en el conteo final, el ULP llegó en el resultado conclusivo a los 25,000 votos, algo más de la cifra que Martí cita, menos de la mitad que la del vencedor. Ello no significa que el ULP se haya retirado de aquel proceso electoral con las manos vacías. En noviembre de 1886 había logrado elegir a un senador del parlamento estatal, siete miembros de su Cámara de Representantes del estado y cinco jueces, todos ellos endeudados con los obreros por su apoyo.

La derrota se consideró, y varios críticos históricos lo confirman, una verdadera catástrofe política para el alcalde demócrata y su partido en la mayor ciudad industrial del país, lo que le significó la desaparición del escaso respaldo de los pocos dirigentes partidarios que hasta ese momento le habían sido fieles. Los electores demócratas votaron en masa, no por Nelson, sino por el candidato republicano. El gran perdedor fue, pues, el Partido Demócrata.

El ex alcalde, que era miembro de una familia acaudalada, se retiró entonces, calladamente, a sus ocupaciones privadas como abogado. Pero entre 1891 y 1893 se hizo propietario y editor del *Chicago Times*, uno de los diarios de mayor circulación e influencia en esa ciudad. En los períodos sucesivos, el Partido Republicano se consolidó en la alcaldía de Chicago, pero no hasta el punto de impedir que Carter Harrison se candidatara a la alcaldía en 1893 por quinta ocasión, y venciera, ciertamente con el apoyo de los

sindicatos obreros. No fue una elección de amplia mayoría como las que protagonizara en el pasado. En ese caso fue escasa, pero suficiente para instalarlo nuevamente en su elegante y confortable despacho en la alcaldía. De inmediato se vio inmerso en el complejo desenvolvimiento de la gran Exposición Mundial Colombina de Chicago.

Justamente dos días antes de la clausura del magno evento, en la noche del 28 de octubre de 1893, se presentó en su residencia un joven nombrado Patrick Eugene Joseph Prendergast, de origen irlandés, que se identificó como uno de los directores de la campaña electoral del alcalde. La entrada le fue franqueada porque, aunque nadie lo conocía personalmente, ni siquiera Carter Harrison, su nombre se le mencionó a menudo durante el período electoral. Tenía 25 años de edad. Era de origen irlandés, de carácter taciturno y melancólico. Desde los 18 años se le conocía por su entusiasmo por Henry George, uno de los fundadores del primer partido socialista en Nueva York y autor de varias obras de profundas reformas del capitalismo estadounidense.

Como Harrison se demorara en salir a recibirlo, pues dormía en el sofá de su despacho y el visitante ya estaba dentro de la casa, se internó por el pasillo y se encontró con Harrison que ya salía hacia la puerta a recibirlo. Sin mediar una palabra, el visitante extrajo de su bolsillo un revólver calibre 38 y a corta distancia le hizo un disparo en el abdomen. Al observar el asesino que el alcalde aún respiraba aproximó el arma a su cabeza y le hizo otro disparo detrás de la oreja. Se dirigió a la puerta de salida, se volvió y al percatarse que el cuerpo del alcalde se retorció aún en la agonía, le hizo otro disparo a distancia que le atravesó una mano. Cuarenta minutos más tarde un médico vecino certificó su muerte.

Prendergast corrió fuera de la residencia del alcalde, perseguido por el mayordomo, a quien le hizo un disparo de advertencia que lo distanció, y media hora después hizo su entrada con paso firme y dueño de sí en la estación de policía más cercana. Al entregar su arma, sus primeras palabras fueron: "Acabo de matar al alcalde Harrison". Su deposición exacta reveló que todo lo había planeado meticulosamente, incluyendo la compra del revólver. Se evidenciaba una personalidad inestable, pero completamente dueña de sus actos, sin asomo de aflicción o remordimiento. La motivación, según las precisas declaraciones del asesino, fue el incumplimiento de la promesa del Alcalde de nombrarlo "consejero" para las obras de urbanismo de la ciudad, fuente tradicional de ingresos ilícitos.¹⁰ Llama poderosamente la atención que el abogado defensor de Prendergast fuera Clarence Darrow, el más famoso del país, de quien se decía que jamás había perdido un sólo juicio, por lo menos hasta que lo contrataron para defender a Prendergast.

Es interesante que el asesinato se caracterizara en la prensa como un "homicidio político". Una mirada inicial del magnicidio indica la sorprendente similitud con el asesinato del Presidente Garfield. La frialdad, el cálculo en la realización del atentado y su desenlace, sugieren un asesino profesional. Es verdad que su proceder no era enteramente normal,

pero el magnicida del presidente Garfield tampoco lo fue. En ese último caso todo indica que fue utilizado por los círculos conservadores de poder estadounidenses, según el propio Martí sospechara, para lograr el objetivo de eliminar a un presidente comprometido con una política de reformas sociales y económicas, y de guerra sin cuartel contra la corrupción. Como en el caso de Guiteau, el asesino de Garfield, Prendergast provenía de las filas del propio partido del alcalde.

Un detalle final sobre la muerte de Harrison. No está claro para los críticos actuales de donde salieron los recursos con los que se sufragaron los gastos y honorarios del más famoso de los abogados de defensa en Estados Unidos, que hizo uso brillante del concepto, hoy aceptado en la jurisprudencia de Estados Unidos y de casi todo el mundo, de que los enfermos mentales no son responsables de sus actos, inclusive de los homicidios, por lo cual no corresponde aplicarles la pena capital. Darrow logró del tribunal la convocación de una audiencia especial para considerar la posible alienación mental de Prendergast. Pero fue un triunfo pírrico. Los testigos, varios psiquiatras citados por la propia defensa, dictaminaron al examinar al acusado que aunque Prendergast era un caso evidente de paranoia, estuvo siempre consciente de lo que había hecho y de la diferencia entre el bien y el mal. Fue hallado culpable y condenado a muerte en la horca, ejecución que se llevó a cabo el 8 de julio de 1894.

Con Carter Henry Harrison desaparecía un probable candidato demócrata a la presidencia de la república. Además de sus obvias cualidades personales, parecía amigo de los trabajadores y comprometido con un programa de reformas sociales y económicas avanzado. Los altos círculos políticos del Partido Demócrata aparentaban estar resignados a su preeminencia política, ante la realidad de un dirigente con experiencia como miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos entre 1875 y 1879, que en sus cuatro períodos municipales anteriores había acumulado realizaciones políticas y sociales que le ganaron un prestigio reconocido más allá de la esfera local. Hoy algunos críticos e historiadores de la política estadounidense se permiten conjeturar el impacto que este personaje habría tenido en la política de su país si no hubiese sido asesinado. Uno de los más elocuentes en la aproximación conjetural a los hechos es Edward M. Burke,¹¹ profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad Northhampton de Chicago en cuya revista, *Journal of Criminal Law & Criminology* de esa ciudad¹², publicó un ensayo que hoy es fuente de información y estudio para los alumnos de Derecho en Estados Unidos. En una de sus conclusiones coincidiendo con las opiniones de varios investigadores de su entorno, Burke afirmaba que:

[...] si Carter Harrison no hubiese muerto en 1893, él, y no William Jennings Bryan, habría sido el candidato seleccionado por el gobernador [John Peter] Altgeld¹³ y los

demócratas en 1896. Sus sólidas realizaciones logradas en una gran ciudad industrial de Estados Unidos y los antecedentes de su parentesco que incluía su descendencia de dos presidentes de Estados Unidos, un bisabuelo, Benjamín Harrison y un tío abuelo, William Henry Harrison, podría haberlo ayudado a derrotar al candidato republicano, William McKinley en dichas elecciones. Quien sabe hasta que punto esa realidad podría haber modificado el rumbo de la historia. Irónicamente, McKinley fue también ultimado por un asesino”¹⁴

Se preguntará el lector, al llegar a este punto, por qué Martí ignoró al importante alcalde Carter Harrison en todo este proceso, cuyo nombre no aparece en sus numerosos artículos o siquiera en ocasión de su trágica muerte. En primer lugar porque ya en 1893 había interrumpido sus relaciones periodísticas con *La Nación* y *El Partido Liberal*. Por otra parte, porque lo ocurrido en Chicago, desde la renuncia del alcalde hasta su asesinato, requería una investigación profunda *in situ* y ello suponía entrevistas, búsquedas de correspondencia privada y oficial, en definitiva una inversión considerable de tiempo que Martí no podía permitirse. Martí era algo más que un periodista profesional. Había consagrado su vida a la revolución, a la independencia de su país y a la emancipación de su pueblo. Era esa la razón de su existencia.

En 1887, liquidada las secuelas de su distanciamiento del intento revolucionario de Máximo Gómez y Antonio Maceo, Martí se hallaba inmerso en los planes organizativos de la guerra necesaria. Contando ya con la fundación del Partido Revolucionario, tarea en la que entre 1891 y 1893 empleó casi todo su tiempo, Martí Delegado se movía como un torbellino en su esfuerzo por asegurar la unidad del movimiento revolucionario, el apoyo internacional de los países iberoamericanos y europeos, y los abastecimientos imprescindibles para el próximo inicio de las operaciones bélicas. En diciembre de 1892 fue objeto de un intento de asesinato que lo mantuvo recluido por lo menos hasta el 19 de enero de 1893.

El día del magnicidio del alcalde Harrison, el 28 de octubre de ese año, Martí se encontraba en la Sociedad Literaria Hispano-Americana en el que se homenajeaba a Simón Bolívar, precursor del principio de la unidad de la América hispana, tema estratégico de la revolución cubana. Más que de la muerte de Harrison, Martí se preocupaba en ese momento de un levantamiento prematuro en Las Villas, rápidamente liquidado por las autoridades españolas de la Isla. Actividades armadas fuera del marco táctico previsto alertaban al gobierno hispano de la inminencia del inicio de las hostilidades. Entretanto, las autoridades españolas divulgaron el rumor en la prensa estadounidense que la revolución se había iniciado y terminado con una derrota en Las Villas. Desde mediados del mes siguiente, hasta diciembre de 1893, Martí llevó a cabo una gira por Filadelfia, Tampa, Ocala, Cayo Hueso, Jacksonville, como las que llevara a cabo en los dos años anteriores,

con el fin de crear el Partido Revolucionario Cubano, en el curso de la cual se dirigió a los clubes revolucionarios para divulgar lo realmente ocurrido en Las Villas, que nada tenía que ver con los planes revolucionarios ya aprobados y en vías de ejecución. Fue un viaje extenso que concluyó a fin de año extenuado.¹⁵

En verdad, desde fines de 1891 Martí carecía del tiempo material para el seguimiento directo de los hechos fuera de Nueva York y para la lectura sistemática de la prensa neoyorquina, nacional e internacional como acostumbraba en el pasado. El tiempo de que disponía, más allá de sus actividades operativas, estaba destinado, no a las páginas de los periódicos extranjeros, sino, a partir de marzo de 1892, al periódico *Patria*, en el que todo el espacio se empleaba, directa o indirectamente, en la causa revolucionaria y no en crear un paradigma periodístico para lo que el talento le sobraba. Su vida estaba comprometida con la liberación de su pueblo y nada lo detendría hasta darle un fin glorioso en los campos de Cuba.

NOTAS

¹ José Martí, “En los Estados Unidos”, *La Nación*. abril 10 de 1887, en *Obras completas*, t.11 pp. 188-189 (Edición digital).

² Se refería a la bomba detonada el 4 de mayo del año anterior en Haymarket Square, de lo que fueron acusados y condenados siete emigrados. Se conmutó la pena de dos de ellos y se condenó uno a 15 años. A dos se les conmutó la pena y se les modificó a cadena perpetua. Cuatro de filiación anarquista fueron ejecutados. Las elecciones se realizaron muy influidas por el trasfondo del atentado de la Plaza de Haymarket.

³ Martí se refiere aquí de manera velada a la división de clases: “los que conservan” y los trabajadores que se habían aliado a “los que destruyen”, vale decir, los conservadores y la izquierda en Chicago asociada a los anarquistas que según la prensa habrían lanzado la bomba que mató a varios policías, sin mencionar siquiera las decenas de obreros manifestantes asesinados por la policía en esa e incluso el día anterior en el mismo lugar.

⁴ Su nombre era Robert L. Nelson

⁵ *New York Times*, Editorial, 4 de abril de 1887.

⁶ Los Caballeros del Trabajo era entonces la mayor y más influyente organización obrera del país, con una membresía estimada en más de 700,000 obreros de todos los oficios. Su máximo dirigente, Vincent Powderly, provenía de los ferrocarriles. Las huelgas en ese ramo paralizaban la vida económica del país.

⁷ Véase artículo en la revista *The Standard*, sin nombre, Chicago, vol. 1, mayo 14 de 1887. Disponible en Internet.

⁸ *The Brooklyn Daily Eagle*, 23 de octubre de 1883, p. 2. La cita procede de la obra del autor: *José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York, en busca de nuevos equilibrios*, La Habana, Editorial del CEM y Universidad de Guadalajara, 2010.

⁹(History of the Labor Movement, Internet)

¹⁰ Los detalles del hecho que aquí referimos provienen del *New York Times* del día posterior al asesinato. Disponible en Internet.

¹¹ Edward M. Burke fue también oficial de la policía, y desde 1969 es concejal e historiador de la ciudad de Chicago.

¹² Vol. 92, Nov. 3-4 2003, disponible en Internet.

¹³ En junio de 1893 el gobernador del estado de Illinois, John P. Altgeld había indultado a los tres anarquistas que permanecían en prisión por los hechos de la Plaza de Haymarket. Acompañó el gesto con fuertes críticas al juicio de los anarquistas. Altgeld era emigrado alemán y hombre de ideas progresistas.

¹⁴ Edward M. Burke, loc. Cit.

¹⁵ Para las actividades de Martí entre 1892 y 1893 se consultó la útil Cronología de Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1993.